

APRENDIZ

DE

ESCRITOR



Luis Enrique Délano

SALVADOR REYES Y EL "IMAGINISMO"

Empecé también a leer a los novelistas y cuentistas chilenos; los poetas me eran ya muy familiares. Así fue como cayeron en mis manos los tres libros publicados hasta entonces por Salvador Reyes: **Barco Ebrio**, poemas con un aire marino y título pedido prestado a una conocida poesía de Rimbaud; los cuentos de **El último pirata** y una novela corta muy atractiva: **El matador de tiburones**. Era sin duda una nueva veta para la literatura chilena, que hasta entonces parecía sustentada exclusivamente en el criollismo y en la vida de la alta burguesía. Esto de Reyes -en cierta forma y con las diferencias del caso (él era un escritor hecho y derecho y yo un principiante)- ofrecía ya fuera en los temas, los personajes, la libertad y el aire libre, alguna similitud con lo que yo empezaba a escribir. No recuerdo dónde conocí a Salvador Reyes, pero sí que una noche me invitó a visitarlo en su casa, en la calle Lira. Estaba con una robe de chambre y la pipa encendida. Hablamos mucho, me prestó libros y terminamos por ser grandes amigos. Sabía yo, aunque nunca me habló de ello, que existía una fuerte enemistad entre él y Pablo Neruda por algún incidente ocurrido cuando ambos comenzaban a destacarse en las letras. Más o menos cuarenta años más tarde, Tomás Lago me contó el motivo de tan larga y profunda desavenencia. No estoy muy seguro si Tomás me dijo que en un libro de memorias que estaba escribiendo por esos días relataba aquello. En todo caso, y por si así fuera, me abstengo de ahondar más en esa enemistad, que más tarde se hizo mayor por cuestiones

políticas. Salvador se manejó muy discretamente conmigo; conocía mi admiración por Pablo y nunca me habló mal de él.

Pronto Salvador, que se había casado con Inés Luna, sobrina del gran pintor Pedro Luna, y yo fuimos inseparables. Vivían ellos con la madre de Salvador en Recoleta y yo era huésped casi diario de esa casa. La mamá de Salvador seguía viviendo en el pasado y nos contaba cosas increíbles. Una noche, por ejemplo, nos relató los primeros vuelos de aeroplanos en el norte (debe haber sido en 1910 ó 1912). La gente había salido a las calles llena de curiosidad y los más prudentes decían que era peligroso subir a los cerros, porque los aviones podían golpearlo a uno con la cola.

Iban a esa casa otras personas, escritores en su mayor parte, con quienes llegué a tener buena amistad: Hernán del Solar, Angel Cruchaga Santa María, Manuel Eduardo Hübner y un muchacho muy simpático, Juan Marcó, primo de Salvador, que después se transformó en un próspero minero en el norte chico. Eran las nuestras unas veladas sabatinas de lo más chistosas. Una de las diversiones consistía en hacer en versos tan improvisados como disparatados (una estrofa cada uno) biografías de gentes conocidas, escritores por lo general:

Nació este buen caballero
en tierras de Cachapoal
donde se compró un sombrero
que le quedaba muy mal...

Pasábamos horas enteras disparateando así. El peor versificador era Hübner, que no tenía el menor sentido de la métrica y a menudo rimaba un verso de seis sílabas con uno de treinta y cinco.

En 1928 tuve la suerte de encontrar editor para mi primer libro de cuentos, *La niña de la prisión*, que se publicó con un generoso prólogo de Salvador Reyes y portada e ilustraciones de

Molina La Hitte. Hubo algunas críticas halagadoras, entre otras la de Alone, que ocupaba media página de *La Nación*; me dolió, sí, que comenzara hablando de un libro "con prólogo e influencia" de Salvador Reyes. Ahora pienso que quizás el crítico tuviera razón, pero cómo negar que me sentí un poco humillado.

Ese mismo año planeamos y comenzamos a publicar la revista *Letras*, que duró largos años. Se editaba con mucha constancia, mes a mes, y reflejaba en cierta medida las tendencias y preferencias literarias del grupo, que estaba formado por Reyes, Cruchaga, del Solar, Hübner y yo. Se financiaba *Letras* con avisos que Salvador conseguía en librerías y empresas distribuidoras de películas y con la venta. Quienes más trabajaban, en realidad eran Reyes y Hübner, acostumbrado éste en su trabajo periodístico a redactar a alta velocidad. Hernán y Angel hacían traducciones del francés. Yo buscaba cuentos y trozos literarios propios y ajenos. La revista hizo encuestas, entrevistas, planteó problemas de la literatura y la cultura, tuvo la colaboración de las más importantes firmas nacionales, dio a conocer a autores extranjeros que en Chile casi nadie había leído y abrió las puertas a escritores jóvenes que no tenían dónde publicar. Desempeñó, en fin, un prolongado y útil papel en la literatura.

Se habló mucho del grupo de los "imaginistas" que manejaba la revista *Letras*. La verdad es que nosotros no nos llamábamos imaginistas ni éramos un grupo propiamente tal. Éramos simplemente un conjunto de amigos cansados del criollismo, sin desconocer el valor de los escritores de esa escuela, que eran colaboradores de *Letras* y con quienes teníamos buena amistad. Lo que queríamos era hacer algo más refrescante, algo como quitarle a la literatura el cuello duro, el bastón y las polainas. Recuerdo haber escrito un artículo sobre este tema en la revista de la Sociedad de Escritores de Chile durante la presidencia de Rubén Azócar.

En rigor, los que hacíamos una literatura "imaginista", llamémosla así, éramos Salvador Reyes y yo, que más que tratar con

gentes de la realidad circundante inventábamos personajes como marinos, gitanos, ladrones, vagabundos, prostitutas, etc. Angel Cruchaga continuaba escribiendo con la dignidad de siempre los mismos poemas amorosos y místicos que caracterizaban su obra; Hernán del Solar en ese tiempo sólo hacía crítica literaria y Hübner escribía artículos periodísticos en *La Nación* y *Los Tiempos*. En este último diario firmaba Juan Babel.

Es verdad que hubo algunas polémicas entre imaginistas y criollistas o mejor dicho entre sus promotores y defensores. A nosotros nos apoyaba Hernán Díaz Arrieta, Alone, y nos atacaba Manuel Vega en *El Diario Ilustrado*. No sé quién le contó a Vega que celebrábamos extraños ritos ante una mandíbula de tiburón, en casa de Reyes. Lo único cierto es que esa mandíbula existía, con tres corridas de formidables dientes, sobre una repisa con libros. Reyes replicó que era preferible eso a usar como tótem un ejemplar de *El Almanaque Parroquial*.

¿Es "imaginista" Manuel Rojas, nos preguntábamos, que por aquellos días publicó, como folletín en *El Mercurio*, una novela llena de fantasías, lo más lejos posible de la vida real, como *La Ciudad de los Césares*?

Hernán del Solar, no obstante su apariencia espinuda de campeón de lucha greco-romana, sus anchas espaldas y su cara habitualmente seria, a lo Buster Keaton, era un hombre con mucho sentido del humor. En nuestras veladas sabatinas contaba historias divertidísimas y cuando improvisábamos largas corridas de versainas era el que aportaba las estrofas más cómicas. Trabajaba en la revista *Zig Zag* y a veces nos contaba cosas increíbles. Un día, uno de esos directores que la empresa nombraba nadie sabe por qué, pues no tenían la menor relación con el periodismo, le dijo:

- Hombre, la revista no ha publicado nada sobre el hecho de sangre ocurrido en el Parque Cousiño.
- No, nada -respondió Hernán.
- Pues hay que poner algo. Siéntese a la máquina, yo le voy a

dictar-. Y comenzó el dictado. -En el Parque Cousiño acaba de ocurrir un hecho de sangre que nos demuestra que en el Parque Cousiño ocurren hechos de sangre que no deberían ocurrir en el Parque Cousiño. Este hecho de sangre ocurrido en el Parque Cousiño...- Y una vez terminado este genial comienzo, el director agregó -Bueno, ahora siga usted, ya lo dejé encaminado...

Un día nos pusimos de acuerdo Salvador, Inés, Hernán y yo para ir a pasar el fin de semana en el puerto de San Antonio. Salimos muy temprano en tren y en el puerto nos volvimos niños; jugamos en la arena de la playa y en las rocas, nos metimos en increíbles tabernas, salimos al mar en un barquichuelo a la vela que había construido con sus manos un finlandés que después de una naufragio se quedó allí; visitamos un viejo velero, el "Dharma", que tuvo una avería en la proa y se quedó por largos años al ancla, en la bahía de San Antonio, mientras armadores y aseguradores arreglaban su conflicto. En la cabina del capitán, con caobas, bronce relucientes y muebles tapizados de cuero nos bebimos una botella. Fueron dos días felices, realmente, que no sé por qué no volvimos a repetir. Yo escribí unas páginas muy sentimentales sobre el "Dharma", que están recogidas en el libro *Viaje de sueño*. Mariano Latorre escribió también sobre ese velero, pero eligió como tema las interminables desavenencias entre aseguradores y navieros que siguieron al accidente.

Entre las muchas cosas que le debo a Salvador Reyes figura el haberme dado a conocer a un poeta que ha sido uno de los que más que he admirado y sigo admirando: El lituano Oscar de Lubicz Milosz. La traducción de sus poemas del francés, lengua en la que escribía, había sido hecha por Augusto D'Halmar y se publicó en Madrid, en 1922, en una edición muy restringida de cien ejemplares, que hizo el escritor y pintor español Gabriel García Maroto, después muy amigo mío. D'Halmar creyó que una poesía tan profunda, mística y nostálgica jamás podría popularizarse. Pensó, como dice en el prólogo, en una edición "para iniciados". "Por eso -escribe D'Halmar- esta edición es

corta y numerada, acaparándola para nosotros. Nos apenaría que un ejemplar se extraviase en las manos de un indiferente. Amamos demasiado al maestro para exponerlo a la incompreensión; le comprendemos lo suficiente para saber cuán raro es el estado de gracia de su palabra”...

De esa limitadísima edición llegaron no más de dos o tres ejemplares a Chile, a mediados de la década del 20. Algunos poetas sintieron la fascinación de esa poesía que parecía venir como una letanía desde el fondo del tiempo, e hicieron copias a máquina de los treinta y un poemas, basados en elementos esenciales y que resonaban como una extraña y misteriosa música. Salvador me prestó una de esas copias dactilografiadas, que leí con una sensación parecida a la angustia, y a mi vez, copié. Creo que desde entonces me acompañan los poemas de Milosz (desde 1948, en una nueva edición, que se hizo en Chile) y a menudo los tomo y releo la “Sinfonía de noviembre”, “La reina Karomamá”, “La berlina detenida en la noche” o “Lofoten”, uno de los más extraños, nostálgicos y hermosos poemas de esta antología:

Todos los muertos están ebrios de lluvia vieja y sucia
en el cementerio extraño de Lofoten.

El reloj del deshielo tictaquea lejano
en el corazón de los féretros pobres de Lofoten.

Ustedes podrán reírse de mí, pero ese lugar, Lofoten, se me metió en el corazón y muchos años después, precisamente en el verano del fatídico 1973, cuando yo vivía en Suecia, hice un largo viaje para pasar una semana de mis vacaciones en Lofoten, un pequeño archipiélago que queda en el norte de Noruega, dentro del círculo Polar Ártico. Un tétrico lugar de rocas negras, pájaros que graznaban en costas desoladas y pescadores de bacalao. Lo preferí a cualquier lugar de Europa donde pudiera haber ido. Vi el extraño cementerio y los féretros pobres de

Lofoten (donde Milosz nunca estuvo) aparte de muchas otras cosas. Pero eso es harina de otro costal.

Es la de Milosz una poesía que destila amor y piedad por los desesperados, por las muchachas de los suburbios tenebrosos, por los que aguardan algo que no llega jamás, por los suicidas, por las "viejas que tiritan en el dintel de los mausoleos", por las mujeres que vienen de brumosas ciudades lejanas. Desde entonces -y ésta es una de las deudas que tengo con Salvador Reyes- siento a Milosz como un ser capaz de expresar lo que los hombres hubieran dicho si pudieran sacar del corazón todo lo que allí se acumula oscuramente y extenderlo en forma de estrofas, con claridad y belleza, dando a las palabras el orden misterioso que sólo los poetas saben disponer.

¿Influencia de Milosz en Chile? Yo creo que sí la hubo. Hay uno que otro poema del libro *Las Mareas del Sur* de Salvador Reyes donde yo diría que podría reconocerse. También en la poesía de Jacobo Danke, en la de Victoriano Vicario y en ciertas partes de *La ceniza* y *el sueño*, de Nicomedes Guzmán. Yo mismo guardo un poema escrito por aquellos lejanos días donde me parece que hay resonancias miloszianas. Y releiendo hace poco una novela breve escrita en Nueva York en 1946, que aún permanece inédita, *Los bajos fondos del corazón*, he notado que cuando menos en su primera parte están presentes las nostalgias del maravilloso poeta lituano.

También me prestó Reyes los libros de D'Halmar en ediciones españolas y leí con encanto *La sombra del humo en el espejo*, *Nirvana*, *Mi otro yo*, *Pasión y muerte del cura Deusto*. Por cierto que le mandé mis libros a Madrid y recibí de él un par de cartas llenas de simpatía. Con Salvador tenía una correspondencia más regular y en los días de la revista *Letras* envié dos fotografías en que estaba con Lubicz Milosz en el castillo de Villebon, tomadas por Jean Víctor Hugo, que publicamos en la revista. Recuerdo que en una de sus cartas hablaba vagamente de volver a Chile formando parte de una compañía teatral. D'Hal-

mar era como un actor cuando leía sus poemas, sus cuentos o sus conferencias. Para nosotros, en aquellos días, era sólo una leyenda nostálgica y lejana.

Autores que leí en esos días por consejo de Salvador, y en los cuales vacié toda mi admiración, fueron Lord Dunsany, cuyo libro *Cuentos de un soñador* me conmovió mucho; Conrad, de quien leí *El negro del "Narciso"*, Lord Jim, *Cuentos de inquietud*, *Tifón*, *Victoria* y otras novelas. De Stevenson leí *El reflujo* y del francés Mac Orlan *El Canto de la tripulación*, que según Tomás Lago era un plagio de *La isla del tesoro*, y *A bordo de la estrella matutina*. Conocí a casi todo Jack London. De Cendrars leí un par de novelas y sus hermosos poemas, traducidos para Letras por Angel Cruchaga.

¿Una literatura propia para "imaginistas"? Como puede verse, eran obras en el escenario de la naturaleza, en el ancho espacio del mar, no con personajes cuyas pretinas sujeta el novelista sino con seres libres, desprejuiciados, lo más lejanos posible de los personajes de salón de las novelas de Proust (que también leí más tarde). A aquellos autores se inclinaban decididamente mis preferencias y a través de los años, aunque en ciertas épocas me he familiarizado con otro tipo de libros, sigo admirando furiosamente y leyendo de vez en cuando a Joseph Conrad, a Jack London, a Robert Louis Stevenson. Gran parte de esos libros me los recomendó Salvador Reyes. Otros los descubrí por mí mismo.

Un día me preguntó un editor si creía en la grafología de doña Juana Quindos de Montalva que se publicaba en *El Mercurio*. Le respondí que nunca había pensado en eso.

- Fíjese, por ejemplo -me dijo- en las conclusiones que saca de la firma de Salvador Reyes. Que esa rúbrica redondeada que sube por encima del nombre es como la vela de una goleta y cosas así. Ese no es el verdadero carácter de Salvador Reyes. Todo su "marinismo" no es más que una actitud literaria.

Aunque por esos días yo no intimaba aún con Salvador,

protesté de semejante juicio, que era erróneo del todo. Un escritor vacía en sus libros lo mejor, lo más verdadero de sí mismo y a mí no me cabía la menor duda de que aquello que Reyes escribía correspondía enteramente a su temperamento, a su vocación, a su afición marina, que venía desde su niñez en un puerto del norte. Quizás también una tendencia aventurera ancestral. Su abuelo, de su mismo nombre, había sido cónsul de Chile en Antofagasta, cuando esta ciudad pertenecía a Bolivia. No había, pues, tal pose literaria y doña Juana Quindos o el Profesor Tagore, como se firmaba, había acertado al definir el carácter de Salvador por su letra y su firma, aunque es posible que en su juicio la hubiera ayudado la lectura de los libros de Reyes.

Lo cierto es que esta adscripción a la aventura, a los puertos, a lo irreal, a lo fuera de lo común, le duró a mi entender demasiado tiempo. Yo, sin dejar de adorar el mar, los barcos, los puertos y a los marinos, di una vuelta de timón antes de los 30 años y empecé a meterme más con la vida, con mi contorno, con la lucha del pueblo, de algún modo, tímidamente al principio, con más decisión después. Salvador Reyes se quedó amarrado para siempre a los viejos temas de la juventud. Publicó *Valparaíso puerto de nostalgia*, *Mónica Sander* y otras novelas, tal vez con mucho encanto, pero que a mí ya no me hablaban de la misma manera que en 1930. Ambos viajamos y vivimos en distintos países. Una noche anduvimos juntos en Nueva York. Rosamel del Valle y yo lo llevamos al Village, a Times Square, a la Quinta Avenida, al Central Park. Venía de París, que era una ciudad oscura desde los días de la guerra y se quedó deslumbrado. Habría de pasar mucho tiempo antes de que nos volviéramos a ver.

Andando el tiempo, del grupo de Letras todos, salvo él, tarde o temprano adoptamos una actitud progresista frente a los problemas de Chile y del mundo, algunos desde los partidos de izquierda, otros independientemente. Salvador Reyes terminó por afiliarse al más reaccionario de los partidos políticos y un día tuve la penosa sorpresa de leer en un diario el anuncio de una

conferencia suya titulada "Por qué pertenecemos al Partido Nacional".

La última vez que lo vi fue a fines de 1958. Nos encontramos en la calle Moneda y le conté que dos o tres días después partiría a China. A ayudar de algún modo a la construcción del socialismo. No me respondió nada. Me deseó buen viaje y se perdió entre la gente de la calle.